

Raúl Ruiz y la elevada calidad del aburrimiento

“Todos los males del hombre provienen de una sola causa, la cual consiste en su incapacidad de permanecer en reposo en su cuarto”

Pascal (*Pensamientos*)

“Si propongo esta modesta defensa del aburrimiento, es justamente porque las películas que me interesan provocan a veces algo parecido. Digamos que poseen una elevada calidad del aburrimiento. Aquellos de ustedes que han visto películas de Snow, Ozu o Tarkovsky, saben de qué estoy hablando. Otro tanto puede decirse de Warhol o de Straub.”

Raúl Ruiz (*Poética del Cine*)

Por Andrés Upegui Jiménez (benitoupegui2@yahoo.com)

La primera vez que oí hablar de Raúl Ruiz fue en 1983. El querido y recordado crítico Luís Alberto Álvarez (q.e.p.d.) acababa de llegar del Festival de Berlín de ese año. Esta vez traía la noticia de un extraño director de cine chileno que había viajado como exilado político a Francia después del golpe de estado de 1974 y cuya obra, en su mayoría, la había realizado allí en Francia. Decía que escasamente había podido ver en Berlín el estreno de *La Ciudad de Piratas*, pero que todo el mundo hablaba de películas ya míticas como *Las Tres Coronas del Marinero* o de aquella extraña y singular, hecha recién llegado a Francia, llamada precisamente *Dialogo de Exilados*.

Con pasión Luís Alberto también me hizo saber de algo totalmente inusitado en esa época todavía cercana al Mayo 68: la película, sorpresivamente, mostraba una crítica, una cierta visión irónica, ligeramente descarnada y desmitificadora de la izquierda política Latino Americana. Que alguien que había pertenecido a la Unidad Popular que respaldó el triunfo democrático de Allende en Chile y que después entraría a ser parte de esa élite de los refugiados chilenos en Europa, especialmente en Francia, viera de manera crítica y hasta burlesca su propia condición de exilado político de izquierda era bien sorprendente y hasta atractivo. Ruiz había logrado mostrar cómo el refugiado chileno, explotando su condición, y apelando a ese mórbido complejo de culpa del militante izquierdista del primer mundo, lograba prebendas y privilegios para no sólo sobrevivir sino lograr una condición de *“bon vivant”*, la cual nunca habría soñado, ni aun en el más perfecto de los paraísos comunistas. Instalándose en los medios intelectuales e izquierdistas franceses hacían de su condición de perseguidos y refugiados políticos un privilegio al cual finalmente no renunciarían nunca. El repudiado y odiado “golpe” se iría transformando para ellos en lo mejor que les podía haber sucedido en sus vidas y Pinochet pasaba, secretamente, de ser un demonio a convertirse en un ángel. (¿No sería ésta también una gran metáfora de todo el Chile post

golpista de la era Pinochet y de sus posteriores gobiernos liberales y socialistas que vendrían después a gobernar el país a sus anchas?).

En verdad, *Dialogo de Exilados* no muestra sino el comienzo de esta faceta que posteriormente fue el carácter y el perfil completo del exilado latinoamericano en Europa y, en general, de la izquierda latinoamericana, hoy en el poder. No eran sino los inicios, los gérmenes, los “polvos de los que viene estos pantanos”. Lo magistral de esta película de Ruiz es haber detectado, con realismo y sinceridad, esas semillas que hoy son ya frondosos árboles.

Descubrir, pues, por primera vez, así fuera únicamente por el relato de Luís Alberto, la crítica de la izquierda por la misma izquierda fue para mí en aquella época algo sorprendente. Porque lo interesante era que esta autocrítica no tenía ni el estilo ni el contenido de las famosas y aburridas autocríticas soviéticas o castristas, que más bien siempre sonaron a farsas con arrepentimientos sensibleros y a promesas de simples buenos propósitos (pienso ahora, por ejemplo, en un clásico del cine latinoamericano como *Memorias del Subdesarrollo*). No, se trataba más bien de un cine totalmente fresco y directo, casi documental, en el tono menor propio de lo que sería hoy un “*home movie*” político, en este caso, socialista. Con simplemente autorretratarse a sí mismo y a sus amigos, copartidarios y compatriotas en el exilio (todos ellos de las más disímiles condiciones personales y sociales), ahora reunidos y obligados a convivir en una misma habitación y a compartir una misma situación de refugiado, Ruiz lograba ya apreciar no sólo lo endeble e ingenua que era la cohesión política de la Unidad Popular que apoyó el triunfo de Allende, sino también traspasaba claramente a la víctima que aprovecha su situación, suscitando la culpa en sus victimarios y que, finalmente, termina disfrutando su condición aberrante pero lucrativa.

Por otra parte, también refería Luís Alberto como grata sorpresa, otra faceta del singular exilado chileno que fue Raúl Ruiz: su asombrosa e inmensa calidad y cantidad de su bagaje intelectual e imaginativo. Ruiz, nos decía, era un hombre de izquierdas, pero con un amplísimo conocimiento y admiración por la teología y filosofía, lo mismo por la ciencia, el arte, etc. Una especie de erudito y sabio barroco post moderno, en el que se mezclaban, con desparpajo pero con agudeza, pensamientos e imágenes de todos lados: San Agustín con Pierre Klossowski y Nietzsche, la física cuántica con Gabriela Mistral, Godard con los comics, etc. Y este inmenso océano intelectual de Ruiz podía constatarse en sus películas, por ejemplo, en *Las Tres Coronas del Marinero*, en al que los ladrones callejeros son poetas y atracan con versos, las prostitutas son teólogas, etc.

En realidad (para esa época yo no lo sabía) el mundo de Ruiz, sobre todo en el mundo su imaginación, era un microcosmos en el que resonaba siempre esa mítica idea de que todo a la postre tiene que ver con todo, de que nada está solo y aislado, de que no existe el Uno puro y unívoco, sino el uno y el otro, siempre diferentes, siempre semejantes, que todo ente participa de la analogía del ser. Algo así como ese mundo de las correspondencias de que habla el famoso poema de Baudelaire o de las ideas del esotérico Swedenborg. Esa idea milenaria y ancestral a la que el mismo Ruiz se refiere constantemente: el mundo es un gran texto, una gran colección de símbolos que se pueden leer, interpretar y, sobre todo, relacionar.

Porque, creo que la categoría clave de Ruiz es la relación y que, tal vez, para él no exista la dialéctica, la contradicción, el conflicto y que la que él llama “teoría del conflicto central” no sea sino una simple apariencia o ilusión que pretende distraernos, sacarnos de esa condición fundamental de seres para la muerte y que nos sirve de narcótico para curarnos de esa aparentemente aburrida vida cotidiana. El enfrentamiento, la lucha, nos distrae del paso inexorable y monótono del tiempo, de la inquietud que produce la quietud, etc. Ver el mundo, como lo hacen las películas, como una contradicción, un conflicto entre bien y mal nos sirve de acicate, de excitante, de estimulante para la vida, pero nos impide, según Ruiz, ver las secretas relaciones, las analogías y las conciliaciones que subyacen en cada cosa con las otras cosas, con las que comparte el mismo mundo. Ruiz parece creer en que nada, en últimas, es capaz de repeler fundamentalmente a nada, de que no hay nada repulsivo o ajeno, de que, por muy diferentes y lejanos que los elementos de una relación parezcan, siempre habrá la capacidad de adivinar en ellos formas de atracción y de compatibilidad. Tal vez este sea el trasfondo de la famosa concepción o teoría que él llama holística.

Esta forma de ver las cosas, creo yo, también es lo que le sirve de detonante a su inmensa proliferación de imágenes y de obras. La imaginación, y con ella el intelecto, no tienen, para él, límites, porque permanentemente están estableciendo relaciones entre todas las cosas, de manera tal que, en vez de faltarle que decir o que contar, a Ruiz, por el contrario, le sobran ideas y temas, historias e imágenes, todo lo cual hace que su creación no pueda detenerse ni contemplar limitación alguna, ni siquiera en la forma expresiva, porque si no es el cine, es la literatura, el teatro, la pintura, o la simple conversación.

Finalmente pues, en ese ya lejano 1983 y a través del relato de Álvarez, Ruiz se nos volvió, como tantos otros más, en un director mítico, al cual, como todo mito, no podíamos alcanzar más que por la imaginación. Poder hoy, por fin después de 25 años, contemplar directamente la realidad de ese mito es poder constatar con alegría que mucho de lo que imaginamos era cierto, que mucho no lo era y que mucho ni siquiera nos lo imaginábamos.

Y perdonen, para terminar, por la pedantería de la paradoja, pero para poder disfrutar el cine de Ruiz hace falta tener cierta capacidad para disfrutar con lo aburrido, porque su cine posee, ante todo, eso que él mismo denomina siguiendo a Pascal: “*Una elevada calidad de aburrimiento*”. Ruiz es, digámoslo de otra manera, un aburrido bastante entretenido. Los invito, pues, a que se entretengan aburriéndose.

Fuente:

<http://www.otraparte.org/actividades/cine/raul-ruiz.html>